

La Escuela como *Locus Amoenus*

Gastón Hernán Guevara
Prof. y Lic. en Ciencias de la Educación
gastonhguevara@gmail.com
Universidad Nacional de San Luis.

La Escuela como Locus Amoenus

RESUMEN

Siguiendo la lectura del Fedro, el presente artículo tiene por objeto reflexionar en torno a la escuela como locus amoenus, lugar agradable. Si bien el lugar más agradable para filosofar es la naturaleza y queda expuesto por Sócrates en el Fedro, la escuela puede llegar a ser tal.

Disponer de un lugar agradable –y de un tiempo propicio- para pensar es de vital importancia para la expansión del espíritu. Ahora bien, siempre han existido los locus hostilis, esos lugares hostiles en donde las teorías disgregantes van degradando el espíritu. Por tal motivo es menester que el maestro, mediante su palabra y ejemplo, actúe para desmontar las malezas que los sofistas modernos hacen crecer en el alma de los jóvenes. Reformar la Universidad -es decir, darle nuevamente su forma original- que es propiamente Escuela –Schola, Skholé- es misión de maestros y discípulos, reunidos en búsqueda y amor a la verdad.

Palabras claves: Filosofía, Educación, Naturaleza, Maestro

2

The school as Locus Amoemus

ABSTRACT

This article aims at reflecting on school as locus amoenus, pleasant place. While nature constitutes the most proper space for philosophy – as shown on Socrates' Fedro-, it is possible that schools can become more suitable for philosophy, too. Finding propitious time and place to be able to think comes vital in order to expand our spirits. However, there have always existed locus hostilis, hostile habitats where disintegrating theories downgrade the spirit. Therefore, it is necessary that teachers, through word and exemplification, act to dismantle the weeds that modern sophists make grow in the souls of young people. The reformation of the University, that is, its restoration into its primitive form School-Schola, Sklolé- constitutes a mission for both teachers and students, reunited in love and search to truth.

Keywords: Philosophy, Education, Nature, Teacher



Sócrates. -Vayamos por la orilla del Iliso, y allí, donde mejor nos parezca, nos sentaremos tranquilamente. (...) Ve delante, pues, y mira, al tiempo, dónde sentarnos.

Fedro. -¿Ves aquel plátano tan alto?

Sóc. -¡Cómo no!

Fed. -Allí hay sombra, y un vientecillo suave, y hierba para sentarnos o, si te apetece, para tumbarnos.

Sóc. -Vamos, pues. (...) Hermoso rincón, con este plátano tan frondoso y elevado. Y no puede ser más agradable la altura y la sombra de este sauzgatillo, que, como, además, está en plena flor seguro que es de él este perfume que inunda el ambiente. Bajo el plátano mana también una fuente deliciosa, de fresquísima agua, como me lo están atestiguando los pies. (...) Sabe a verano, además, este sonoro coro de cigarras. Con todo, lo más delicioso es este césped que, en suave pendiente, parece destinado a ofrecer una almohada a la cabeza suavemente reclinada.

3

El extracto que antecede pertenece a las primeras páginas del *Fedro* (229a-230c) y nos permite abrir esta reflexión acerca de los lugares apropiados para filosofar, el *locus amoenus*, lugar agradable. Escuchemos a Platón, siempre merece la pena prestar oído a sus enseñanzas:

“No exclusivamente para aprender algo sobre Platón mismo sino, ante todo, para aprender algo sobre algunas de nuestras cuestiones fundamentales de la existencia que él, Platón, ve y que intenta expresar e interpretar y frente a las cuales nosotros estamos siempre necesitados de consejo y esclarecimiento” (Pieper, 1965, pp. 12-13).

Veamos primero, antes de avanzar sobre el *lugar* para filosofar, que hay un *tiempo* propio del filosofar, ese tiempo es el *ocio*. La etimología nos enseña que ocio en griego se dice *skhóle* -en latín *schola*- y significa *tiempo libre*. Tiempo libre de los límites y las ataduras cronológicas. Tiempo libre de los grillos de la utilidad. Filosofar, supone entonces, una inmersión en una dimensión temporal otra que la del reloj y que implica *demorarse, detenerse* para pensar. Parece,



también, y ya lo adelantamos, que hay un *lugar* para filosofar. Vayamos entonces al asunto en cuestión.

Estando al interior de las murallas, Fedro, que venía de con Lisias, insta a Sócrates a salir por los caminos. El maestro lo sigue. El lugar elegido no podría haber sido mejor dispuesto para el diálogo que allí se iba a desarrollar. En verdad el lugar elegido por Fedro (a instancias de Sócrates, claro está), es un *locus amoenus*. La frondosa sombra del plátano, la brisa del norte que trae el aroma en flor del sauzgatillo, el manso y refrescante surcar del río en entre las piedras; la naturaleza toda se ponía de testigo de lo que allí se iba a hablar. El *locus amoenus* es la naturaleza; la naturaleza que nos habla de la Belleza increada. Será por eso que Sócrates –que si bien está interesado por el *hombre*- se siente un forastero que parece ver todo como si fuera la primera vez:

Fed. -¡Asombroso, Sócrates! Me pareces un hombre rarísimo, pues tal como hablas, semejas efectivamente a un forastero que se deja llevar, y no uno de aquí (230c).

El asombro invade a Sócrates y si bien él prefiere estar entre los hombres, de los cuales puede aprender, es indudable que el lugar lo ha fascinado: la topografía real, se convierte así en el *locus* ideal. Y es en ese lugar en el que Sócrates, a cara descubierta, ofrece una palinodia al Amor –*Eros*- (243b y ss.), pues antes – durante el diálogo- lo habían injuriado dos veces. Así comienza Sócrates a proferir el tercer discurso, apartado de los humanos menesteres, no tan sólo físicamente sino espiritualmente, y se ve arrastrado por lo divino, poseído por lo divino. Porque amar no es tan sólo poseer lo amado, sino también *ser poseído*.

El *locus amoenus* es aquí la naturaleza, y consideramos que es el lugar por excelencia del filosofar, porque si filosofar como nos dice su etimología es amar/buscar la sabiduría, por la belleza de las cosas creadas, dice San Isidoro de Sevilla, nos da Dios a entender su belleza increada. Es propicio y conveniente, teniendo en cuenta lo dicho hasta aquí proponer una educación con un inquebrantable vínculo con la naturaleza.

Hagamos un breve *excursus* aquí para entender más acabadamente la importancia de este tipo de lugar y veamos que, no tan sólo hay un *locus amoenus*, sino también hay un *locus hostilis*, un lugar hostil de donde salir, de donde escapar. Platón lo pinta de la manera más plástica posible, y ese lugar de donde

se debe sacar a *los Fedros* (a los discípulos), es la atmósfera hostil de la época. El divino Platón, con una agudeza brillante, traza un panorama del ambiente intelectual de Atenas por medio de ciertos nombres propios¹, que a primera vista no parecen decir nada, pero cuando se indaga en cada uno de ellos se vislumbra claramente la situación. Los personajes son: Lisias, Kéfalos, Akumenos, Epikrates y Morichos.

En esta nueva generación de la sofística ha calado profundamente la irreligiosidad e irrespetuosidad. Se mueven y promueven una atmósfera ávida de placeres y de refinamientos, la cual va penetrando cada vez en el talante de los jóvenes que acuden a sus enseñanzas. Entre ellos Fedro, al cual Platón caracteriza como uno de esos jóvenes afanosos de conocimiento, pero en todo sentido acrítico, pues, a pesar de pertenecer al círculo de los discípulos de Sócrates sigue acudiendo a las enseñanzas de los sofistas.

Pero no seamos tan duros con Fedro, y digamos para absolverlo de tamaña contradicción que un sofista tiene el porte, el aire, la cáscara de un filósofo. Habla exactamente como un filósofo, es más, parece más filósofo que el filósofo mismo. Se le hace difícil a un neófito ver la diferencia decisiva: la verdad por la que se vive y se muere.

Esta actitud viciosa del espíritu –la sofística- presente en aquella época pervive con temible fuerza en la actualidad. Los sofistas hodiernos enfilados bajo las más diversas banderas ideológicas pululan por doquier y se han encaramado en los ámbitos más variados e influyentes de la sociedad y, para hacer más triste la situación, en la Universidad. Como los sofistas de antaño estos buscan las ventajas de la ciencia, sin buscar la verdad, para tener poder y dominación de las almas; y como ha dicho Chesterton (2007) son los criminales más peligrosos porque rompen toda ley e intentan aniquilar todas las cosas. Podemos ver a jóvenes anhelantes de saber que son fagocitados por teorías disgregantes y destructoras. La Universidad que original y originariamente supo ser la más alta realización del espíritu humano se ha convertido hoy en la causa de su degradación.

¹ Seguimos aquí las preliminares reflexiones de Josef Pieper en su "Entusiasmo y delirio divino".

¿Qué hacer si en todos estos ámbitos se encuentran encaramados los sofistas? ¡Hacer lo de Sócrates! Esperar pacientemente “a las afueras”, para que nos encuentren, y preguntar como él: ¿De dónde vienes y adónde vas? Para acompañar al discípulo y desmontar la hojarasca y la maleza de su alma que los sofistas han perpetrado, hasta que el alma poco a poco descubra el meollo, la pequeña y brillante luz de la verdad que brilla sobre su cabeza, pero que el follaje tendido por las palabras de los sofistas no permitía ver.

Que se entienda bien, este “a las afueras”, implica dos cosas: grupos de formación por fuera de la Universidad², que den forma al verdadero espíritu de la Universidad; y al interior del edificio universitario, promoviendo la verdadera *Universitas*, que es aquella que vive en el *otium* y ordena sus investigaciones a buscar la verdad. La finalidad de esto, rescatar la mente y los corazones de toda una generación de jóvenes que es presa de los subterfugios de nuestra época.

Vaya un solo ejemplo cargado de esperanza: la experiencia del *Pearson Integrated Humanities Program*, llevado a cabo en los años '70 por John Senior en la Universidad de Kansas³. Su tarea consistió en enseñar e inculcar la lectura de los clásicos y encender en los estudiantes el amor por el conocimiento y el legado de la cultura occidental.

Retomemos donde dejamos, en una educación inscripta en la naturaleza. Si proponemos estos los espacios físicos en donde se encuentre la escuela, para que sea verdadera *skholé*, deben ser un lugar agradable, delicioso, encantador. Así como la Academia de Platón, ubicada a las afuera de Atenas, en un bosquecillo. O como el Liceo de Aristóteles, que contaba con deliciosos parajes sombreados por donde el Filósofo paseaba y enseñaba. A su vez, ese encanto y embeleso del lugar se debe ordenar y conjugar con el silencio; éste constituye el marco de la vida íntima y hace posible el diálogo consigo mismo, con los otros y con Dios. Y este silencioso diálogo se revela en contacto con la naturaleza, la cual se convierte en interlocutor válido y necesario para el niño y el joven, porque cada cosa creada pronuncia la Palabra más clara y transparente, la que brotó del silencio Trinitario más profundo.

² Fuera del edificio, pues a muchas universidades sólo le queda el nombre ya que el espíritu se ha esfumado.

³ Se recomienda la lectura de Senior, John. *La restauración de la cultura cristiana*, Vórtice, Bs. As., 2016.

Silencio en torno, en la tierra, en el cielo. Silencio como vida, como pan, agua y aire, como esperanza y como fe. Para que al amparo de la silente escuela brote el deseo de eternidad.

Es indispensable, entonces, un gran patio, de tierra, con pasto o césped por donde correr, brincar y reír; flores y plantas para embriagar el aire de dulces aromas; árboles de tupida copa donde sentarse con los pequeños a leer cuentos de hadas, historias y mitos con coloridos y hermosos dibujos o donde los jóvenes “pierdan su tiempo” hablando de las cosas eternas, del amor y la belleza, del bien y la verdad. Ese podrá ser el *locus amoenus* donde la realidad pierde su peso y se convierte en palabra ligera que se eleva entre el canto de los pájaros.

“Llebadme a tierra de poesía, donde haya música para la germinación de mi esperanza. Llebadme a tierra de fábula, donde haya poesía para la germinación de mi esperanza. Llebadme a tierra de sueño, donde haya luz para la germinación de mi esperanza. Llebadme a tierra de luz, donde haya silencio para la germinación de mi esperanza” (Sciacca, 1961, p. 159).

Mas, si esto no fuera posible porque la escuela queda en medio de la ciudad – y hoy por hoy son la gran mayoría-, hagan el sacrificio por llevar a los niños al campo, para que reciban el sol en la cara y vuelvan con tierra entre los dientes. No se van a arrepentir, y evitarán así que esas teorías ásperas y sombrías que nacieron en los tugurios fétidos manchen sus ojos cargados de cielo y esos labios rebosantes de alabanzas.

Ha dicho, y ha dicho bien, el Padre Petit de Murat, que los jardines de infantes deben ser al aire libre. Aventuremos más, toda institución educativa para ser *ociosa* debe mantenerse alejada, apartada del ruido ensordecedor de la ciudad, aun estando en la ciudad misma. El espacio escolar debe ser un lugar *consagrado a la inutilidad*, una dimisión espiritual, donde prime el *tiempo libre* (ocio): libre, en sentido positivo, para el ejercicio pleno del espíritu, y libre, en sentido negativo, del utilitarismo reinante. Así podremos tener una educación que tenga por fin el *Bien común* y no la *utilidad común*.

Sólo así, instando a los niños y jóvenes a demorarse en fecundas conversaciones y empeñándose en demostrar que el neg-ocio (negación del ocio, de la *schola*) no lleva a la senda estrecha de la virtud, exiliándonos voluntariamente al desierto donde reina el silencio, viviendo de cara a la Verdad,

al Bien y Belleza; sólo así, y de ninguna otra manera, transformaremos la escuela en un verdadero *oasis* de contemplación, en un verdadero *locus amoenus*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Chesterton, Gilbert (2007) *El hombre que fue jueves*. Bs. As. Gradifco.

Pieper, Josef (1965) *Entusiasmo y delirio divino*. Madrid. Rialp.

Platón (2007) *Fedro*. Madrid. Gredos.

Sciacca, Federico (1961) *El silencio y la palabra*. Barcelona. Editorial Luis Miracle.